

Henry David Thoreau

Walden

Traducción, introducción y notas
de Carlos Jiménez Arribas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Walden*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción, introducción y notas: Carlos Jiménez Arribas, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-438-9

Depósito legal: M. 16.686-2021

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Introducción: Un perro, un caballo y una tórtola

Walden

- 35 La economía
- 135 Dónde y para qué vivía
- 158 La lectura
- 173 Los sonidos
- 196 La soledad
- 210 Las visitas
- 230 El campo de judías
- 247 El pueblo
- 256 Las lagunas
- 290 La granja Baker
- 301 Leyes de más rango
- 319 Mis vecinos los animales
- 338 Tener la casa caliente
- 360 Antiguos moradores y visitas en invierno
- 380 Criaturas invernales
- 394 La laguna en invierno
- 415 La primavera
- 441 Conclusión

Introducción

Un perro, un caballo y una tórtola

En el primer capítulo de este libro inusitado, hay un episodio enigmático que la crítica no ha logrado interpretar de forma unánime ni convincente. Dice el autor que ha mucho que perdió un perro perdiguero, un caballo bayo y una tórtola, que lleva años buscándolos y nadie le da noticia verídica de su paradero. Algunos críticos leen en esta enumeración algún tipo de pérdida relacionada con un desengaño amoroso, otros buscan una interpretación astrológica en las constelaciones del Can Mayor, Pegaso y las Pléyades; los hay, en fin, que toman estos tres animales por símbolo de Verdad, Bondad y Belleza, tres de los atributos centrales del Ser según los codificó Parménides. Al lector hispanohablante que conozca bien el *Quijote*, sin embargo, el episodio le recuerda otro al final de las aventuras de amo y escudero, llamado de los agüeros, cuando vuelven a casa después de sus andanzas. El caballero regresa derrotado; Sancho, crecido como in-

térprete de la realidad en esta última parte de la obra. A las puertas de la aldea, se topan con unos chiquillos que persiguen una liebre con sus galgos. De repente, la criatura se refugia en brazos de don Quijote, que palpa por fin el pelo de lo real en un ser vivo huidizo y vulnerable, y Sancho le da su lectura del caso: aquella liebre es Dulcinea, la amada que tanto tiempo llevan buscando. Alonso Quijano, que ya casi ha dejado de ser don Quijote, toca el pelo de su ideal hecho carne y enmudece. Y, una vez palpado el ideal, solo le queda morir, según lo interpreta lúcidamente Rosa Chacel. Es significativo que un episodio emblemático de connotaciones difíciles de calar pero rastreables en el eje ideal-realidad, animal ganado-animal perdido, sea lo que abra como agüero *Walden*. Significativo porque Thoreau, gran lector de la literatura del siglo XVII, de Milton como se aprecia de forma explícita en su libro, de sir Thomas Browne según se lee entre líneas, pierde al principio lo que don Quijote encuentra al final, confirmando que, a diferencia del relato de las desventuras del Caballero de la Triste Figura, y pese a la alabanza de las pérdidas que también contiene, *Walden* es un libro optimista.

Su autor, Henry David Thoreau, como le gustaba llamarse, cambiando el orden de los dos nombres de pila con los que fue bautizado, nació el 12 de julio de 1817 en Concord, Massachusetts, un punto lleno de magnetismo histórico: allí empezó la guerra de independencia estadounidense, y años más tarde, cuando nació nuestro autor, se vivió el florecimiento intelectual de Nueva Inglaterra. Por aquel entonces, escribieron algunos de los autores de más prestigio del país: Edgar Allan Poe, Ralph Waldo Emer-

son, Nathaniel Hawthorne, Walt Whitman y Herman Melville, algunos de ellos, vecinos de la comarca. La procedencia del padre, John Thoreau, hijo de un migrante protestante de las Islas Anglonormandas, viene a explicar el aire francés de su apellido. Familia de posibles venida a menos, los Thoreau vivían a las afueras de Concord cuando Henry David era pequeño, tenían contacto con lo más granado de la sociedad del pueblo pero no dejaban de ser algo parecido a una familia de hidalgos pobres, cambiaban a menudo de casa, y sus hijos caminaban descalzos por el campo. También vivieron en Chelmsford y Boston, localidades cercanas, donde el padre había buscado trabajo como tendero y maestro de escuela, pero acabaron volviendo a Concord, y el padre se hizo cargo de un negocio de fabricación de lápices que el hijo heredaría a la muerte de aquel, en 1859, cuando a él mismo le quedaba poco de vida. Pobres fabricantes de un pobre útil de escritura tan deleble y humilde como un lápiz, ese fue el linaje del que salió uno de los grandes escritores estadounidenses.

Henry David Thoreau vivió siempre en el hogar paterno, salvadas las ausencias para asistir a la Universidad de Harvard –donde entró en 1833 a cursar estudios de literatura–, los viajes no muy largos que hizo por la comarca y el intento fallido de labrarse una carrera literaria en Nueva York. También se ausentó de la casa del padre para escribir su obra maestra, *Walden* (1854). Pasó entonces dos años a orillas de la laguna del mismo nombre (1845-1847), casi a tiro de piedra del pueblo, con frecuentes visitas al mismo, en una cabaña edificada con sus manos, asentada en unos terrenos que adquirió, para salvarlos de la tala, su amigo y mentor: Ralph Waldo Emerson, la

figura literaria de más prestigio salida de Concord. Eran cuatro hermanos los Thoreau: Helen, John hijo, el mismo Henry David y la pequeña, Sophia. John tenía vocación de naturalista y sería quien le contagiara a su hermano pequeño el gusanillo por el mundo natural en los paseos que daban juntos. De hecho, el primer libro publicado por nuestro autor, *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* [Una semana por los ríos Concord y Merrimack] (1849), escrito en su retiro de Walden, nace de una expedición en el otoño de 1839 con su hermano por la zona. Fue un niño feliz, rodeado de bosques, y esa dicha en conexión con el mundo natural no lo abandonó nunca. Intentó ser escritor, maestro de escuela, agrimensor, pero se podría decir que no logró abrirse camino con solvencia en ninguna de estas actividades y que su vida laboral no fue un rosario de éxitos. El hogar familiar y el de Emerson le dieron siempre el cobijo, la ocupación y el sustento que le hicieron falta, aunque quizá no entendieran la vocación de Henry David, de quien el gran vate de Concord esperaba más como autor. Curiosamente, eso mismo se podría decir de Thoreau, que nunca tuvo en gran cosa la obra de Emerson con posterioridad a *La naturaleza*, libro que leyó cuando estaba en la universidad y que lo ayudó a encauzar su vocación de naturalista en una voluntad literaria. En definitiva, Henry David fue visto por los que lo conocían y, sin duda, querían como demasiado apegado a la naturaleza para triunfar en el mundo intelectual; demasiado místico en sus adentros para hacer fortuna en los negocios.

Ni siquiera se casó, puede que decepcionado por algún desengaño, aunque se ha exagerado este aspecto

para explicar su retiro en los bosques, cuando, en realidad, el gesto simbólico de dar la espalda a la sociedad de su época fue, más que un desplante por un despecho amoroso, una apuesta por sí mismo y su forma de entender la vida y la naturaleza, un dejar atrás la opinión pública, el gobierno, la religión, la sociedad y la educación. Puede que se viera ajeno al entorno intelectual y sentimental de sus vecinos y vecinas; puede también que, por sublimación o bloqueo, el místico y naturalista habitara un ámbito de sexualidad difusa y autosuficiente. Las páginas más encendidas de *Walden* son las dedicadas a cantar el hielo y el invierno, cuando la naturaleza aparece más sojuzgada que rampante, como si prevaleciera en él cierta voz ascética. De los cuatro hermanos, ninguno se casó, todos vivieron en la casa materna o cerca de ella. Por ahí también se podría explicar su soltería.

Sí participó en la vida intelectual de Concord, dominada por el trascendentalismo, pero dice bastante de él que, hoy día, esta sea una escuela filosófica arrumbada por el tiempo, mientras que una obra como *Walden* y una vida como la de Thoreau no han dejado de despertar admiración desde finales del siglo que lo vio nacer hasta nuestros días, cuando el llamado *nature writing* se abre paso con fuerza en las estanterías de las librerías, en los departamentos universitarios y en las expectativas de unos lectores que cada vez idealizan más a la naturaleza. No se podría decir lo mismo de él, que cifró su principal empeño siempre en asentar los pies en la tierra y vivir en comunión con ella, no encumbrarla en ningún pedestal. Volviendo al asunto de la liebre, obsérvese la descripción del encuentro con este animal en el capítulo «Cria-

turas invernales» de *Walden*, donde aparece primero como una pobre criatura famélica, pero gana después el bosque de un atlético salto, henchida de realismo e inmediatez en la página. Primero la idealiza, como el burdo Sancho, le da la condición de adalid de la naturaleza, su sangre más noble, pero luego se rompe el hechizo y lo real se impone con una contundencia casi científica.

Publicó Thoreau artículos en la revista del trascendentalismo de corta vida *The Dial* e impartió conferencias en el liceo de Concord, pero su público y su llamada estaban apenas a unos metros de allí, en los tupidos bosques que todavía se abrían a lo desconocido más allá de los ejidos del pueblo, y en los seres que los poblaban: carboneros, vagabundos, nativos norteamericanos, afroamericanos, animales y plantas. Y al acercarse, no solo a conocerlos, sino a vivir con ellos, les dio a todos una nueva estatura heroica, mítica. Lo heroico es vivir. Algo en lo que también estaría de acuerdo Cervantes. Porque, a fin de cuentas, a diferencia del idealismo exacerbado de sus contemporáneos trascendentalistas, para quienes cada cosa era un reflejo o espejo de una realidad superior, Thoreau buscaba restituirle su realidad incontestable a cada cosa; era, como don Miguel, más aristotélico que platónico. Y lo que Emerson hizo para la historia en *Hombres representativos*, levantar efigies de los héroes occidentales en las que sus contemporáneos pudieran contemplarse, lo hizo Thoreau para la naturaleza en *Walden*: habilitar el espacio para la revelación del verdadero héroe vernáculo apegado a la madre naturaleza, desde el leñador sonado hasta la ardilla desafiante. La urgencia no era menor en su caso, pues esa misma naturaleza estaba desaparecien-

do con el avance del materialismo yanqui de este a oeste. Tuvo que derrocar para ello otros mitos. Se borró de la iglesia y del cenáculo intelectual, y el futuro se lo acabó agradeciendo como profeta de los bosques y, gracias a que le dio la espalda a la sociedad establecida de la época, como pionero en la reforma de esa misma sociedad. No conviene, no obstante, pasar por alto la importancia de Emerson y del trascendentalismo, pues crearon el ambiente que llevó a Thoreau a plasmar en letra escrita lo que, de no haber existido esa efervescencia espiritual e intelectual en su entorno, habría dado a la posteridad un ser en comunión ágrafa con lo más salvaje de los bosques primigenios. Nada más y nada menos. El trascendentalismo rechazó el lado cimarrón de Thoreau, quien quiso en su día subirse al carro con la nariz tapada y acabó atendiendo a esa desconfianza que anidaba en lo más hondo y auténtico de su ser y levantando testimonio escrito del propio mal que el sistema llevaba dentro. «El angloamericano», escribió en *Los bosques de Maine*, puede talar bosques a su paso y encaramarse a los tocones a soltar discursos, pero ya no puede conversar con el espíritu del árbol caído, «no puede leer la poesía y la mitología que se retiran conforme él avanza».

Pasó una noche en la cárcel por no pagar impuestos, de donde le viene su reputación de contestatario y abolicionista, y no llegó a vivir la ruptura del orden social que llevó a la Guerra Civil, pues murió justo cuando empezaba el conflicto. En él, todo escrito de contestación ha de leerse sobre todo como acusado individualismo, más que como adalid de ninguna otra causa. Ni siquiera de la causa científica se le puede considerar abanderado, por

mucho que su mirada al mundo natural fuera lo más radical de su persona. Sería más justo definir esa mirada como *poética*, en un sentido no restrictivo del término: Thoreau fue sobre todo un escritor que dejó impronta escrita de su paso por el mundo, muy anclado de hecho en este mundo, lo que lo aleja del trascendentalismo. Cayó enfermo de tuberculosis en 1860 y ya no fue el mismo hasta su muerte. Un caminante infatigable se veía postrado en el lecho. Algo debió de intuir, pues se puso a ordenar sus papeles. Justo por aquel entonces, el mundo editorial parecía que se interesaba por su obra, y le ofrecieron la reedición de sus dos libros publicados hasta la fecha. Falleció el 6 de mayo de 1862, cuando, según la leyenda, confirmó su agrafía radical con las dos únicas palabras que salieron de sus moribundos labios: «Alce. Indios».

Moría un hombre que se quiso más cerca de las escrituras orientales que de las hebraicas, aunque ambas se cuelan en su obra, devoto de un dios más inmanente que trascendental, una divinidad presente en la naturaleza, fundida con ella, por lo que el mejor tributo que se le podía rendir era observarla con ojos amorosos y atentos, no buscarla en un más allá de trascendencia. Aunque algo del puritanismo de Nueva Inglaterra pervive en este abstermio ajeno al sexo incluso en sus manifestaciones en el mundo natural, objetor de conciencia, vegetariano de vocación, amante del trabajo manual y la comida sencilla, un moralista que renegaba de los presupuestos morales más arraigados y convencionales en la sociedad que lo vio nacer y a la que quiso dejar un recado de importancia: Vivid y simplificaos.

El manantial del diario

La obra más importante de Thoreau es sin duda su diario, que empezó a llevar en 1841 y abarca 14 volúmenes. De ahí salió su obra maestra, extractada del conjunto, escrita en su retiro de Walden, revisada y aumentada después varias veces. Pero también en la orilla de la laguna escribió su primer libro, tomando como partida las entradas correspondientes en el diario. *A Week in the Concord and Merrimack Rivers* cuenta el viaje de siete días en barco que hizo con su hermano John seis años antes, y divaga por recorridos, ideas, recensiones del paisaje y de los libros leídos. Quizá la muerte de su hermano, en 1842, cristalizó lo que no tenía vocación de libro al principio. El caso es que no pudo ponerse a ello hasta que no estuvo en la cabaña junto a la laguna de Walden. En poco menos de un año lo tenía acabado. Lo rechazaron varios editores. El mismo Thoreau pagó de su bolsillo la edición de mil ejemplares en 1849, y fue un completo fracaso. La crítica cree que su estilo, tan radical y acendrado en *Walden*, todavía no había cuajado en esta obra inicial. La filosofía y la crítica literaria se cuelan en el marco del viaje y estorban con su moralina. Afloran claramente dos de sus futuros temas, el misticismo y su empatía con la naturaleza, aunque queda ausente el tercero que los complementará en *Walden*: la crítica a la sociedad materialista.

El impuesto que Thoreau no pagaba era el de capitación, *poll tax*, que permitía votar. Según él, ningún gobierno era merecedor de su voto, y menos uno que perpetuaba la esclavitud. Llevaba años sin pagarlo, y puede

que fuera la presión impositiva a causa de la guerra con México lo que hizo que las autoridades se escarbaran el bolsillo y le aplicaran la sanción. Pasó una noche entre rejas, y lo sacó de la cárcel su hermana, que pagó el impuesto al día siguiente. De la experiencia nace otro de sus opúsculos más celebrados: *La desobediencia civil*, que fue en su origen una conferencia impartida en enero de 1848 en el liceo de Concord. Se publicó al año siguiente e influyó en autores tan distintos y distantes como Tolstói o Gandhi. En ambos casos, y en el ejemplo de Thoreau, se declaraba la guerra al Estado desde una resistencia pasiva y no violenta.

Utilizando varios pasajes de su diario de la primera mitad de la década de 1850, Thoreau compiló un ensayo breve, pronunciado en 1854 como conferencia, que acabó publicado de manera póstuma en *The Atlantic Monthly* en enero de 1863, más de un año después de su muerte, con el título de *Life Without Principle* [*La vida sin principios*]. Incluye la manifestación más palpable, clara y sencilla de su individualismo ultramontano: un destilado de sus principios más íntimos en lo tocante a la necesidad de huir de toda influencia corrupta que pueda interferir en el pleno desarrollo del individuo. Entre lo más denostado está esa necesidad que tienen sus contemporáneos de ganarse la vida en vez de vivir, y adelanta una denuncia por la deshumanización del trabajo en la era industrial contemporánea. En 1853 volvió a los bosques de Maine y publicó *A Yankee in Canada*. En 1857 volvió a Maine y visitó Cape Cod. Al año siguiente fue a las White Mountains, y la revista *The Atlantic Monthly* sacó «Chesuncook», publicados todos de forma póstuma por su hermana Sophia y su

viejo amigo William Ellery Channing. Más de otra obra maestra podría haberse sacado del diario, pero solo salieron estos libros de viajes y algún manifiesto, de relativa escasa entidad literaria todos ellos.

Walden, una forma nueva de escribir

Antes de que su primer libro saliera y fuera un completo fracaso, Thoreau había conseguido que el mismo editor se interesara por un segundo, a publicar en 1849. Pero cuando vio el fiasco del primero, el editor retiró su oferta, y Thoreau trabajó otros cinco años más en el manuscrito, en un total de siete borradores sucesivos. Pocas obras coetáneas conocieron tantas revisiones, solo quizá *Hojas de hierba*, del poeta Walt Whitman. Anotamos de refilón que gran parte de esa revisión pasó por reflejar en la estructura del libro la del año natural, siguiendo el paso de las estaciones, lo que lo acerca al proceso de transformación espiritual que puede haberle dado al cabo su valor último. Por fin, en 1854, *Walden* salió publicado por una editorial de prestigio entonces, Ticknor and Fields, que financió el coste de la edición de dos mil ejemplares y matiza también la imagen de Thoreau como desdeñado por el mundo editorial de su época. Hacía siete años que había vuelto de la laguna homónima cuando vio la luz su obra maestra. El gesto simbólico de retirarse a los bosques tenía una motivación fundamental: dar ejemplo. Los principales reformistas han buscado siempre cambiar el mundo y, desde ahí, bajar a cambiar al ser humano. Thoreau muestra que el camino es el

opuesto y pasa por un ejercicio de autosimplificación: reformese el individuo primero y, de ahí, pásese luego a reformar la sociedad. *Walden* da la impresión de ser eso, un *work in progress*, una escritura fácil y desenfadada que hace camino al andar, pero Thoreau invirtió mucho tiempo y empeño en su redacción, lo revisó cuidadosamente, pulió los distintos borradores y logró anclar, en el marco de tiempo pasado al borde de la laguna, toda su filosofía. Los dos años de la vida real se convierten en uno en el libro, y el proceso vale también para el estilo, que no es sino una concentración de la experiencia vivida. Alguien tan cerca de la naturaleza no quiso ni estudiarla ni idealizarla, sino sumergirse en ella y destilar de ahí una escritura en la que la mirada fuera más cálida que la de la metafísica y más cómplice que la de la vivisección. De hecho, se podría hablar incluso de una nueva mitología de lo natural, no tanto su mitificación como su vigencia con vigor en letra escrita. Si con el gesto de retirarse a los bosques Thoreau dio ejemplo, con la escritura de *Walden* llevó las cosas un poco más lejos en la tradición puritana: se hizo reformista de esa misma tradición y hasta activista, abrió la mirada al mundo natural y los géneros literarios a la posibilidad de transformación.

Precisamente por tener los pies asentados en la tierra, *Walden* constituye un ejemplo único en su época de una literatura de frontera, una escritura al borde, físico y formal. El *egotistical sublime* que Keats le echó en cara a Wordsworth por refugiarse en la torre de pentámetros salta definitivamente por los aires con la prosa corrida en paralelo a la naturaleza de *Walden*. Para hacerse una idea de lo que venimos diciendo, proponemos una compara-

ción entre un episodio al final de «Las lagunas», cuando el narrador boga por Walden de noche y ve los movimientos que podrían delatar el misterio de una presencia desconocida en el agua, con el famoso encuentro del poeta romántico inglés William Wordsworth con una presencia enigmática cuando remaba de niño en el lago Ullswater de noche y ve surgir una mole granítica en el horizonte (*El preludio*, I, 372-427). *Walden* está muy influido por el *Preludio*, no en vano, ambas obras plasman la formación de la mente del autor. Pero el poeta inglés arrima su visión a lo sublime, ahonda en el estupor y la trascendencia, mientras que Thoreau baja el episodio a tierra e indaga hasta dar con la causa natural del fenómeno. La escena es muy similar, con independencia de que hubiera influencia consciente o no. Sin embargo, las enormes y poderosas formas carentes de vida que intuye Wordsworth se convierten en el caso de Thoreau en pequeños y humildes seres que viven. Tony Tanner dedicó un artículo ya clásico a la comparación entre ambos romanticismos a los lados del Atlántico («Notes for A Comparison between American and European Romanticism», *Journal of American Studies*, vol. 2, núm. 1, abril de 1968): el europeo, limitado por los espacios y la historia, se ceba en lo sublime y lo misterioso, y el norteamericano queda abocado a los grandes espacios. Y de la voluntad de contención de esa sobreabundancia y la propia psique en conflicto del autor surge la forma literaria. Se explica así la lectura *pastoral*, en el sentido que se le da a este término en inglés, elegíaco, de *Walden* y buena parte de la literatura estadounidense. Una elegía por el mundo perdido que se creyó llamada a ganar. Al poeta románti-

co inglés de primera generación le interesaba avvicinar la expresión a lo más misterioso y nostálgico de la experiencia, y el agua del lago –¡y el nombre!– quedaba en un segundo término; al escritor estadounidense lo que más le interesa es la laguna, Walden, hasta el punto de llamar así su libro. Uno diría, al leer este mismo capítulo situado en todo el centro del libro, que *Walden* es un gran canto de amor a esa laguna, no ya recordada en el verso, sino vivida en la plenitud de la prosa a lo largo de las veinticuatro horas del día las cuatro estaciones del año. La naturaleza, como agua profunda, perfora las capas de la autobiografía y la historia. Frente al dilema kantiano de lo sublime, dimanado de la dificultad de la percepción para abarcar la naturaleza desbocada, el escritor estadounidense corta el nudo gordiano enfangándose en esa misma naturaleza, dando de sí una forma literaria nueva: *Hojas de hierba*, *Narración de Arthur Gordon Pym*, *Moby Dick*, *Walden*.

Thoreau se echó al monte para encontrar la forma suficiente de dar cuenta de sí mismo y de su entorno; decidido a hacerlo sin esquivar la primera persona, en la mejor tradición ensayística. Una muestra de ello son las muchas enumeraciones, los datos y mediciones que abundan en el libro. Por un lado, tienen el valor de ofrecer un contrapeso irónico frente a la acumulación capitalista que lo rodeaba en la sociedad de Nueva Inglaterra. La propia sociedad dio muestras de preocupación a partir de 1837: Sufrió una crisis financiera y la consiguiente depresión. En su trato con los irlandeses, una fuerza marginal de la sociedad de la época hasta que la guerra civil lo puso todo patas arriba, una fuerza ajena a la alianza de Biblia

y capital que desembarcó con el *Mayflower*, Thoreau aprendió a dilapidar la experiencia como contrapeso al capital acumulado. Es la mentalidad católica frente a la protestante. Según anotó en su diario, al preguntarle a Johnny Riordan cuántas patatas sacaba en una jornada de trabajo, la respuesta del irlandés fue que no llevaba la cuenta, que se limitaba a cavar y que, sacara lo que sacase, daba así por bien empleado el día. Thoreau escribe entonces: «Hay una diferencia entre el irlandés y el yanqui; el yanqui lleva la cuenta. Yo prefiero la simple honestidad del irlandés». Según esto, las enumeraciones en *Walden*, al contar lo que no tiene valor monetario alguno, están restituyendo el cómputo a su valor inicial de relación con el entorno, de vivencia y conocimiento. Y estas ristras sirven también como trasunto de la piel del mundo, son el cociente factual que Thoreau acumula para dar cuenta de la tierra en la que asienta los pies. Mientras mide, pesa, mensura y enumera, está palpando la realidad que quiere conocer, cantar, vivir. Sus listas son una fenomenología, no del espíritu, sino de la naturaleza.

Hemos llamado a *Walden* literatura de frontera, pero nos referimos sobre todo a una literatura de ocupación de la frontera, no a una literatura de viajes (a diferencia de casi todo lo demás que publicó). Hay una *estasis* en *Walden*, en el buen sentido de la palabra, como estabilidad o estabilización en el fluir, una voluntad de estar, no de huir. Lo repujado de la prosa adensa la forma y la clava en la tierra. La prosa es, además, discurso de más enjundia que el verso, de no menor dificultad en su plasmación. Escribe Thoreau en *A Week*: «Cuando rayan a

la misma altura, la gran prosa nos merece más respeto que el gran verso, ya que implica mayor permanencia y constancia en dicha elevación, una vida más empapada de la grandeza del pensamiento». Las ideas no son nuevas en el suyo, poblaban ya las páginas del diario. Lo que Thoreau cambia, pule y afila es la forma de plasmarlas, y ahí se delata su figura de escritor, más que de naturalista, místico o reformista. Sirva una comparación: entre las primeras páginas del primer capítulo, y también las que conforman todo el último, con el resto. El que abre la obra y el que la cierra son más deudores de la literatura gnómica, se crecen en el valor emblemático de las frases, le deben más al ensayo de Emerson, construido a base del periodo y su amplificación, pues estaba escrito para ser pronunciado como conferencia. «La economía» y «Conclusión» abren y cierran *Walden*, respectivamente, como pórticos o abrazaderas de un contenido interior que quizá temía se derramara si no lo remataba por ambos extremos, tan caudalosa es su sintaxis. Se tiene la impresión de que en esos dos capítulos Thoreau se aleja del lector, se muestra sabihondo, distante, se refugia en su esticomitia, esto es, cuando la oración coincide con el contenido, la métrica, con la sintaxis, aunque estemos hablando de prosa. Viene a sermonearnos con su batería de frases como una especie de reencarnación de Montaigne, el autor convencionalmente tenido por inventor del género del ensayo moderno, rodeado de citas inscritas en las vigas de su torreón. Thoreau es ahí un tanto efectista, desgrana un rosario de felices lemas o banderas de los principios y vivencias que atesora la parte central. Frente a esta *amplificatio* apositiva, por contigüidad, que-

da en el recuerdo del lector el estilo orgánico de acrecida de los capítulos interiores, como crece el caudal de la laguna, en párrafos de puntuación meticulosa y periodos de desarrollo natural interno, sin otro efecto que la propia decantación de la prosa. En 1851, cuando trabajaba en uno de los sucesivos borradores de *Walden*, Thoreau leyó el libro de James Wilkinson *The Human Body* y anotó en su diario la impresión que le produjo. Lo significativo son las palabras que utilizó para describir el estilo, «lo que siempre soñé: una vuelta al sentido primitivo analógico y derivativo de las palabras». Todo un manifiesto estético del que dan testimonio los pasajes más poéticos de *Walden*, de nuevo, en el sentido lato de lo poético: como creación.

Para hacerse una idea, obsérvese la descripción de la helada en el agua de la laguna en el capítulo trece, «Tener la casa caliente», o la de la erupción de la arena en los taludes del tren en el penúltimo, «La primavera». En esa nueva fenomenología que Thoreau intenta apresar con su prosa, muy apegado a la realidad de la naturaleza –dentro de ella casi se podría decir, según describe la interioridad de ambos fenómenos, la congelación y el deshielo, a conveniente distancia de la abstracción iluminada que le dedica Emerson–, nos da un nuevo tramo de escritura que no tenía parangón, captura viva la naturaleza con un recurso estilístico de su misma plasticidad, se muestra, por encima de todo, creativo, generador, poético. Estamos hablando de la forma pero no es una cuestión puramente formal, nunca lo es. Aquí Thoreau anticipa la física cuántica al adelantarse a la mirada del microcosmos. Los cristales de hielo y las entrañas de arena constituyen un